

MIENTRAS
HAYA
AGUA

Camila Duque Jamaica

Si vienes a la laguna
se te olvidarán las penas
y si contemplas las aguas
pensarás que son ajenas.

Caminá para la laguna
si te hacen falta los riales
que viendo tanta belleza
se olvidan las rialidades.



De forma irregular, celoso de mostrar sus orillas completas a cualquier par de ojos, de aguas parecidas al mar, con playa (pública y privada), ubicado en ecosistema de páramo, a 253 kilómetros y a 4 horas y media de Bogotá, camino al norte, en el departamento de Boyacá, rodeado por los municipios de Cuítiva, Tota y Aquitania, se localiza el lago de Tota.

Al rodear sus orillas, cientos de toneladas de cebolla junca, comúnmente conocida como cebolla larga, crecen en la superficie más cercana del cuerpo de agua; esta es la vista más común al llegar a este territorio mientras la carretera rodea la montaña para llegar al lago. Poco se escucha de cómo los fungicidas, herbicidas y fertilizantes usados para la producción acelerada de cebolla terminan en el cuerpo de agua, mucho menos sobre el crecimiento incontrolable del alga *Elodea*, introducida en el siglo XX para limpiar el lago, y poco también sobre el vertimiento de las aguas negras de uno de sus vecinos territoriales. De esto que guarda el lago de Tota poco se escucha cuando la vista deslumbrante del cuerpo de agua aparece. ¿Acaso es porque estamos acostumbrados a pensar en ríos, lagos, lagunas y humedales en estado de emergencia ecológica solo cuando estos ya no están?

4

5

¿Pensamos en su peligro solo cuando hablamos de un cuerpo de agua inexistente, conjugado en pasado o cuando un evento físico que evidencia una ausencia de recursos afecta la vida humana? Este cuerpo de agua fue elegido para sondear, navegar, observar, caminar, escuchar. Pero también por su actual estado de emergencia ecológica, ya que, además, es un cuerpo de agua vivo. Un cuerpo de agua que aún se mantiene a flote.

Alrededor del lago de Tota se constituyeron varios relatos populares antes de la primera mitad del siglo XX que lo catalogaron como un cuerpo de agua preciado y de importancia simbólica para las comunidades indígenas del altiplano cundiboyacense. Así, el paso de lo simbólico a lo productivo me produce interés sobre lo que sucede hoy alrededor de este. No solo es mi intención señalar las transformaciones que se han dado en el paisaje del lago de Tota en las últimas décadas, sino que la investigación contempla como principal factor los usos simbólicos y económicos de este que han llevado a una ruptura en los modos en los que nos relacionamos como habitantes del mundo con los cuerpos de agua. De esta manera, el territorio mismo me permitió señalar materias expresivas que dan cuenta de las inflexiones que han surgido.



LA PARCELA

Dos cosas son importantes cuando se llega a Aquitania. Primero, la cebolla junca compite en superficie con la del agua del lago: mares y mares de cebolla se siembran desde la orilla hasta la cumbre de las montañas. Segundo, la inmensidad del lago es sobrecogedora, inunda la mirada: los vientos rápidos y helados, en medio de kilómetros de agua, se vuelven ensordecedores. Acercarse al cuerpo de agua es casi imposible desde el pueblo, hay que caminar varios kilómetros para lograr llegar a una orilla cercana; en general, solo desde el puerto fluvial o desde la orilla privada de un hotel es posible tener contacto directo con el agua. Las orillas se han vuelto propiedad privada de varios de los comercios que allí suceden: tala de árboles, producción de eucalipto, cultivo de cebolla, hotelería y turismo, cultivo de trucha arcoíris, entre otros. La sectorización y la propiedad de la orilla, entre otras cosas, han producido la parcelación del agua. Y no solo esto: han vuelto cada vez más difusa la posibilidad de acercarse físicamente al agua, de tener una experiencia fenomenológica con el cuerpo de agua. El trecho y los obstáculos para acercarse a ella producen una vista lejana y distanciada, permiten que la mirada productiva y extractivista se posicione en el imaginario colectivo. Quizá allí es donde sucedió uno de los muchos puntos de inflexión: la distancia física entre el agua y el humano rompieron la relación simbólica y ritual que conecta de una manera visceral a las comunidades indígenas con sus cuerpos de agua. De ahí quizá también la ignorancia que muchas veces inunda el desconocimiento de la procedencia del agua en el grifo.

Alrededor del siglo XIX, José María Gutiérrez de Alba realizó un viaje a América, entre 1871 y 1872, tiempo en que consignó sus manuscritos en 10 tomos a modo de diario de viaje. La travesía, que en un principio tenía fines políticos, terminó convirtiéndose en un viaje de producción literaria titulada Impresión de un viaje a América acompañada de una serie de láminas ilustrativas. Entre el 12 y el 17 de diciembre, Gutiérrez de Alba estuvo en Sogamoso, Iza y el lago de Tota. Allí describe el paisaje y algunos de los hechos más relevantes que otras fuentes también mencionan. A pesar de que acompaña muchos de sus textos descriptivos con láminas ilustrativas que amplían la mirada y desbordan las palabras, cuando se refiere al lago de Tota no aparece ninguna representación visual. A la imagen literaria del lago tan solo lo acompañan otros textos. Entre

las palabras, señala la grandeza del cuerpo de agua, el desbordamiento visual, la imposibilidad de representarlo a totalidad dada su amplia superficie:

--
Gutiérrez de Alba
1870-1884, 58

Montamos a caballo, y salimos rodeando por el sur la laguna desde su parte oriental hasta el punto en que el día anterior nos habíamos embarcado; rodeo que comprendería como unas tres leguas, y en el cual empleamos, a buen paso, más de tres horas, buscando inútilmente un punto desde el cual se divisase toda la laguna, para tomar una vista general de ella; pero son tantas y tan profundas las ensenadas, cabos y penínsulas que la rodean, por todas partes, que tuve al cabo que desistir de mi propósito, prefiriendo consignar por escrito los detalles a copiar una sección del lago, que no daría de él una idea completa.

Es evidente el énfasis que hace el autor en la sensación de inmensidad. La imposibilidad de ver el lago en su totalidad desde un punto específico del recorrido hizo que le fuera inviable retratarlo, es allí donde decide tan solo describirlo en palabras; para él, el lago de Tota es inconmensurable y descrestante:

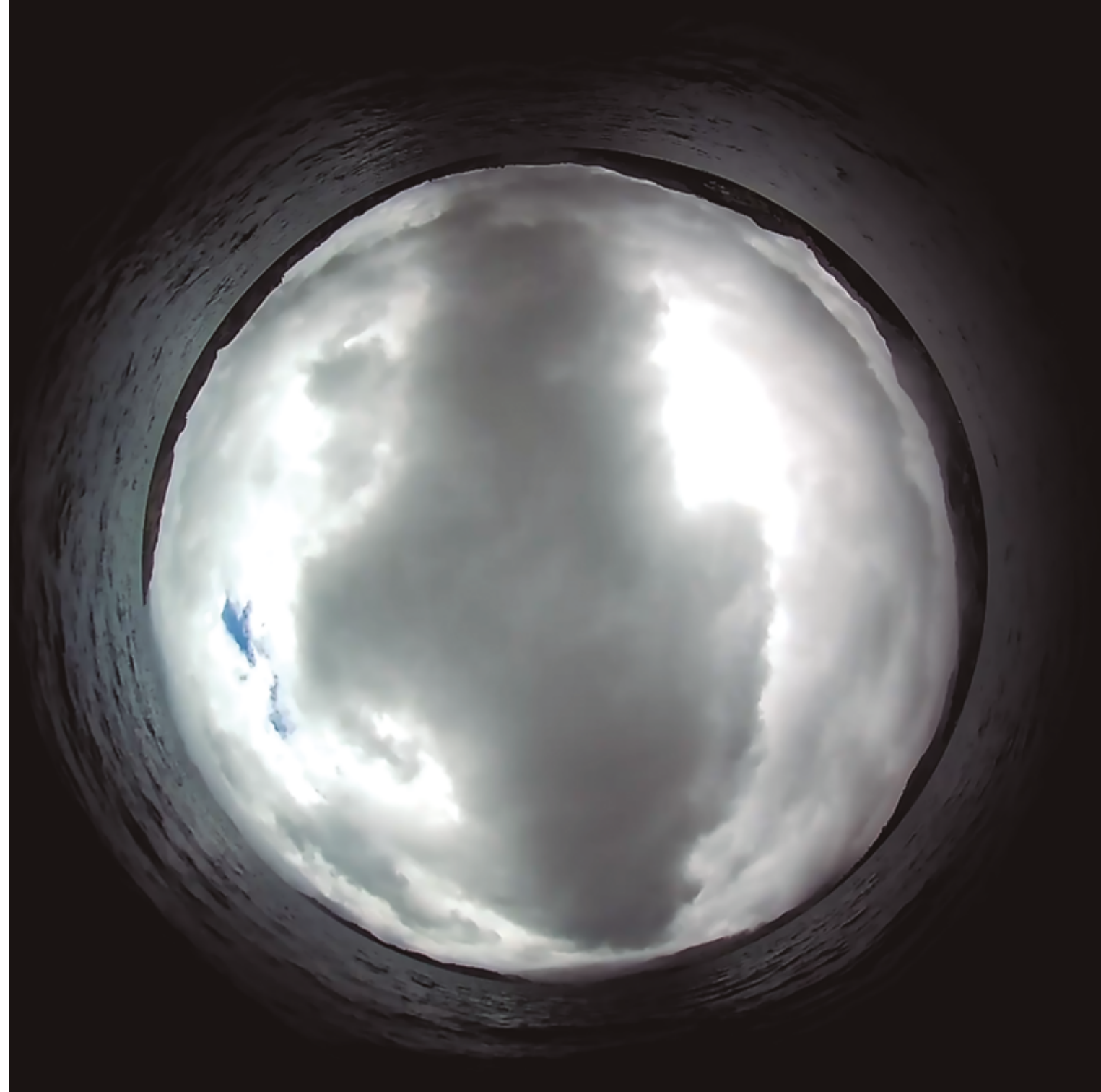
--
Gutiérrez de Alba
1870-1884, 55

A las doce y media subimos a la más alta cumbre, desde la cual divisamos ya una parte del magnífico lago de Tota, con sus aguas azules, rizadas por la brisa del este y cuyas ondas venían a estrellarse contra la playa como si fuese un mar en miniatura.

Lo inconmensurable del lago se volvió una pared (cruda, imposible de escalar) que aparecía en cada recorrido que realizaba en el territorio. Como artista la mirada atraviesa el espacio, busca estímulos, conexiones. Pero la mirada está perdida o, más bien, no busca punto de referencia, sino que espera que el recorrido y lo que allí sucede permita recoger pensamientos y reflexiones. ¿Qué fuiste buscando esta vez? Pregunta imposible de responder. ¿Qué te encontró esta vez? Quizá era la pregunta más cercana a lo que allí sucedía. La inmensidad del lago es sobrecogedora, llegas y no sabes por dónde empezar ni por dónde finalizar. Rodearlo a pie fue una de las primeras acciones que

decidí realizar. Ya conocía el terreno, pero, de nuevo, la imposibilidad de llegar a la orilla no me permitió prever lo que esto implicaba. La hazaña no se realizó en su totalidad. Las ideas estaban, pero el territorio siempre las revolcaba y las situaba a la orilla a la espera de ser revolcadas

El relato de Basilio Angueira me interlocutó en su momento. No sé exactamente cuándo inicia esta historia, pero daré un tentativo comienzo en 1870. Él era un ingeniero cubano que, tras ser exiliado de su país, busca una nueva oportunidad en la industria de Ferrocarriles de Colombia. El proyecto era ambicioso, y aunque tardó en comparación con sus vecinos latinoamericanos, se mostraba seductor. Angueira efectivamente llega a Colombia, pero nunca logra trabajar con los trenes. Dos años después, en 1872, en el estado de Boyacá, se firmó una ley en la cual le daban derechos a Joaquín Díaz Escobar, un hacendado, a desaguar el lago de Tota. Este permiso incluía una licencia de venta del agua para riego y ganado del sediento valle de Sogamoso, así como la adquisición del 75 % de los terrenos que circundaban el lago. Sin embargo, para que tal ley fuera efectiva, se le pedía a Díaz Escobar solicitar la asesoría de un ingeniero que fuera capaz de planear de dónde y cómo iban a salir las toneladas de agua; buscaban que se presentara un veredicto de viabilidad, costos y beneficios. Y es aquí donde aquel cubano que había llegado persiguiendo el tren terminó siendo contratado para llevar a cabo estas labores. Luego de realizar su trabajo, exactamente el 24 de agosto de 1876, Angueira entregó su informe a la asamblea de Boyacá avalando el proyecto de extracción de agua. En este momento (uno de muchos otros), el Gobierno de turno cedió uno de los bienes primordiales y de uso común a un sujeto con interés particular e individual. Actualmente, si usted camina en el tramo que se ha creado por los pasos acumulados de cientos de caminantes, a la orilla del lago se va a encontrar con la conexión más corta entre Aquitania y Cuítiva. Ese tramo comúnmente es denominado camino viejo, y para 1876, momento en que Angueira entregó su informe, este camino era la puerta de entrada al lago y el mejor mirador de este. Para realizar las labores solicitadas, Angueira tuvo que pasar por aquí, tuvo que atravesar este tramo, lo que nos indica que alcanzó una panorámica lo suficientemente amplia y cercana, toda una vista de postal, como para dejarse deslumbrar. Sin embargo, el informe entregado al estado de Boyacá



no da cuenta de una mirada seducida por lo que se presentaba ante sus ojos, sino que por el contrario muestra una mirada deslumbrada por las posibilidades productivas de tan inmenso pozo de agua.

En el informe, nunca señaló las posibles consecuencias que podría traer desocupar gran parte de este; por el contrario, sí indicó que el beneficio sería gratificante. Con 160 000 pesos que costaría el proyecto completo, se secarían 8000 hectáreas. Los ingresos oscilarían alrededor de 1 400 000 pesos, es decir, casi 10 veces más del precio de inversión, un negocio deseable en el que no solo Díaz Escobar sería beneficiario. El Estado formuló todo el proyecto de ley, previendo en él un beneficio específico: todas las aguas del lago que regarían las plantaciones del valle de Sogamoso daban pie al Gobierno para generar nuevos impuestos sobre los territorios de cultivo, entre otros. Curiosamente, el proyecto se embolató y no fue construido sino hasta casi un siglo después por la Siderúrgica Nacional Paz del Río; pero esta es otra historia.

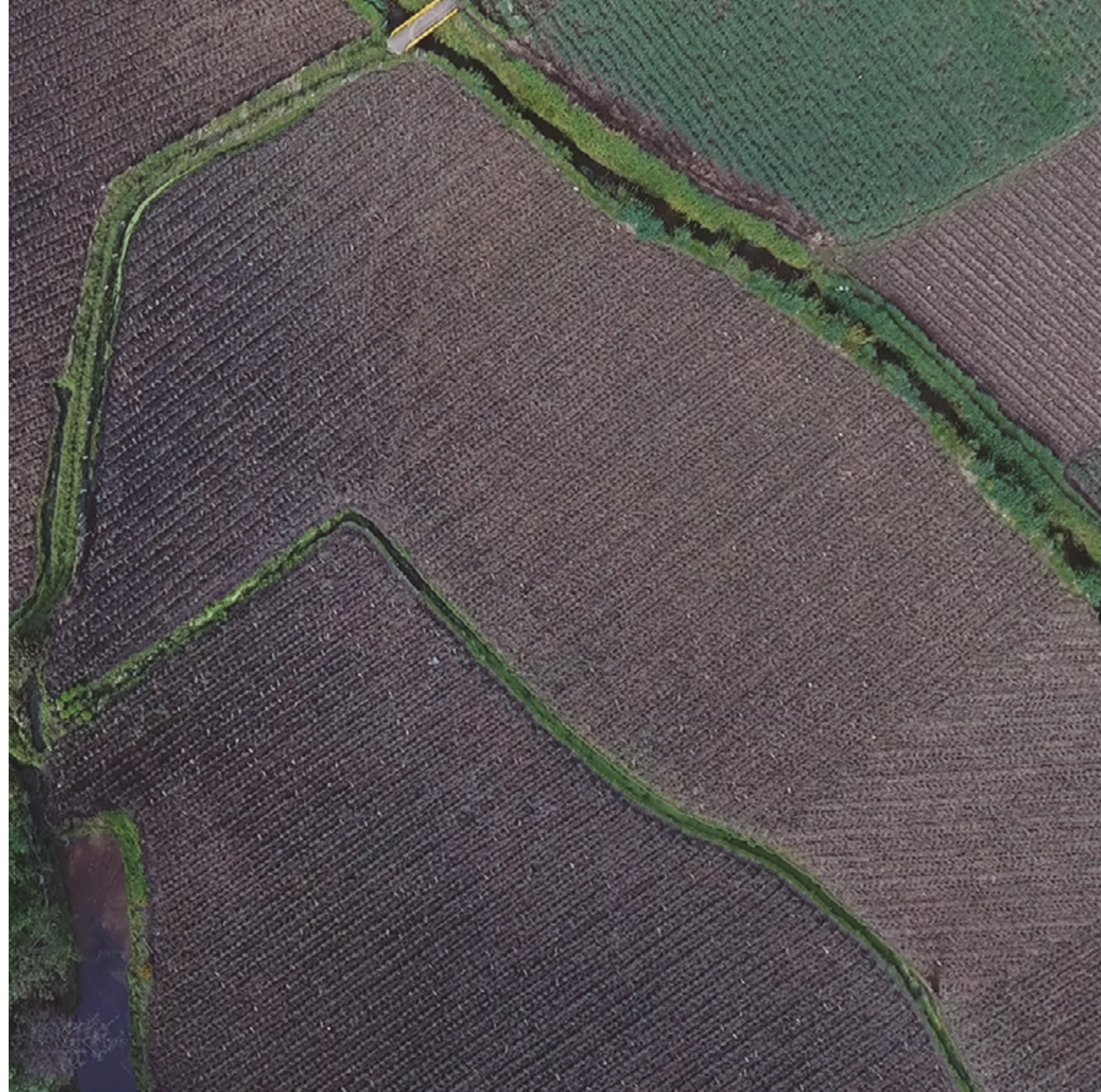
Angueira, el ingeniero, terminó radicado en Tunja. Pero un tiempo después, un día sin mayor significado, al despertar, se dio cuenta de que para él el amanecer no había llegado. La oscuridad en la que se sumían sus ojos señalaba que ahora era completamente ciego (Martínez Manrique 2018, 28-31). Este hecho sucedió en 1884, casi ocho años después de ver el lago por primera vez. La pregunta es irónicamente si ¿el ingeniero Basilio Angueira estaba ciego desde antes?, ¿cómo es que no pudo ver realmente el lago de Tota?, ¿cómo no se dejó inundar de su encanto y magnitud? El agua como mercancía, los costos y los beneficios monetarios fueron lo que lo deslumbró. No pudo ver el lago generador de vida, el cuerpo de agua frente a sus ojos

Anualmente, un fin de semana entre octubre y diciembre, se celebra el Día Nacional del Lago de Tota. Este relato, grabado por Camilo Martínez Manrique, un estudiante de Antropología, fue relatado el 19 de septiembre de 2015 por Oscar Romel, habitante de Aquitania, durante la celebración del gran día del lago. No solo para Gutiérrez de Alba sino también para Anguira acercarse y contemplar el cuerpo de agua se convierte en un acto político que permite cercanía y obliga

al cuidado. En general, hoy entablar una relación directa con cuerpos de agua puede contemplar una precisa metodología para reparar lo que la distancia ha ocasionado.

Siguiendo esta premisa, durante 2019, en el marco de la Beca CK:\\WEB para la creación de programas de radio comunitaria, surgió Lago de Tota: relatos a la orilla, una primera parada de la mirada y escucha atenta en la que me había encauzado. En una primera parte, de manera abierta, y con apoyo de dos líderes comunitarios en Aquitania, Javier Acevedo Chaparro (director y fundador del Museo del Lago de Tota) y Nubia Carmenza Alarcón (integrante y tesorera activa de Asociación de Mujeres Rurales Proactivas de Aquitania [Asomuc]), convocamos de manera abierta a través de volantes a la población que vive en torno del lago a relatar en un audio de WhatsApp un recuerdo inolvidable alrededor del cuerpo de agua. Esta invitación quería traer a flote una relación cercana y emotiva en quienes todos los días divisan el panorama; exploraba una mirada alejada de la productividad de aquel. Genuinamente, este gesto rastreaba estímulos. Quería revivir las ganas de volver al lugar; aunque pareciera que siempre se estaba allí, buscaba acercar el cuerpo humano al cuerpo de agua. La convocatoria no fue tan exitosa, nos tocó insistir en varios participantes. En algún momento, parecía que la memoria viva del lago no existía. Los relatos recogidos conformaron un producto editorial que los recopila; pero, en respuesta a la fallida convocatoria, propone, en paralelo, preguntas. Seducciones que buscan guiar la mirada de quien se encuentra frente a un cuerpo de agua. Esto funciona como una herramienta que promueve una experiencia fenomenológica: a qué huele, cómo luce en invierno o en verano, cuál es su color, entre otras que obligan a la persona a detenerse y entrar en conexión con el cuerpo de agua. La publicación impresa tiene, además, un inserto a modo de postal que permite ubicar la labor de Javier y de Carmenza. Esta puede ser reclamada en el Museo del Lago de Tota, en Aquitania, o descargada directamente de <https://www.camiladujejamaica.com/relatosalaorilla>.

En una segunda parte, se realizaron tres postales sonoras (que circulan como tres capítulos para radio web), composiciones sonoras realizadas a partir de fragmentos de entrevistas con actores del territorio y paisaje sonoro producido en los recorridos en el lago y sus alrededores. Estas indican cuatro instantes que revelan las transformaciones del paisaje y las discusiones complejas que atraviesan la multiplicidad de visiones. El primer capítulo, "Agua que no has de beber, déjala correr", pone en juego la posición en la que nos encontramos aquellos que, aunque no vivimos en las cercanías del lago o de un cuerpo de agua, somos partícipes de las acciones que lo desfavorecen. El segundo capítulo, "Abril, lluvias mil", relaciona la medida del cuerpo de agua con el terreno que se ha cultivado en más del 70 % de la orilla del lago con cómo a medida que pasan las décadas la montaña ha ganado mayor cantidad de cultivo a mayores alturas. El tercer capítulo, "Ahogarse en un vaso de agua", presenta a Asomuc, a más de treinta mujeres que han construido, en medio de los cultivos de cebolla, en una parcela de 2,5 m × 1 m cada una, una huerta sostenible de cultivo limpio de pesticidas, fertilizantes y herbicidas con una variedad de alimentos que rotan según la época del año. Ganando terreno, se entrometieron entre las hectáreas que la cebolla junca ha colonizado desde principios del siglo XX. Algunas de ellas han producido derivados de la cosecha, como vinos caseros, jabones y cremas. Pero en esencia, Asomuc ha intentado abrirse un camino en la comercialización de lo que cultivan, los alimentos que ya venían cultivando antes de que llegara la cebolla al lago.



LA REVOLUCIÓN VERDE Y EL AGUA

Entre otros varios factores, a partir de la primera mitad del siglo XX, surgieron en el campo colombiano nuevas políticas de uso y producción de la tierra que alentaron e instauraron prácticas agrícolas y ganaderas masivas. Estas transformaron de manera radical la relación directa del ser humano con el territorio, con el paisaje, con la naturaleza y, en especial, con los cuerpos que la componen. El lago de Tota, como cuerpo de agua, no pasó libre de efectos y hoy algunas repercusiones son visibles: el uso de agroquímicos, los monocultivos, el uso desmesurado de la fuente hídrica, la introducción de especies no endémicas, el vertimiento de aguas negras en el cauce del lago, entre otros, han ocasionado una transformación acelerada.

Esta particular manera de ver los cuerpos de agua como bienes divisibles y especulativos, que hoy entran a cotizar en la bolsa de valores como una materia prima más, nace con la entrada del capitalismo y posteriormente del neoliberalismo, entre estos, en el momento en que la producción alimentaria logró la producción en masa a costa de cualquier repercusión ecológica. Aunque el auge entra en el siglo XX, desde el siglo XIX algunas políticas de Estado ya habían empezado a establecer cierta fabricación masiva de materias comerciales sin ninguna precaución de lo que su producción podría estar causando a lo que ya se empezaba a denominar recursos naturales.

En la segunda mitad del siglo XX, como repercusión de la Segunda Guerra Mundial, Asia entró en estado de recesión económica y a causa de esto la Fundación Rockefeller en los Estados Unidos encontró una oportunidad económica para apoyar la hambruna que se venía gestando en este y otros lugares del mundo con un modelo de inversión alimentario seguro. Así fue como Rockefeller apoyó un sinnúmero de investigaciones referentes a la producción masificada de granos como el trigo y el maíz. La producción a gran escala de granos ayudaría a abastecer a las poblaciones hambrientas del mundo debido a que gracias a la introducción de semilla fitomejorada y a los agroquímicos facilitó la producción y el rendimiento máximo agrícola. Estos cambios transformaron gran parte de la agricultura en el mundo, repercusiones que tuvieron un gran eco en América Latina y que serían conocidos como la revolución verde.

Kalmanovitz y López Enciso (2006) señalan la importancia del inicio del siglo XX para la producción alimentaria en el mundo. Se afirma, por ejemplo, que el crecimiento económico que impulsó la agricultura colombiana obedeció principalmente a la creación de bancos que pudieron ofrecer créditos para el desarrollo del campo acompañada de la introducción de la “modernización” impulsada por los Estados Unidos:

--
**Kalmanovitz y
 López Enciso
 2006, 53**
 --

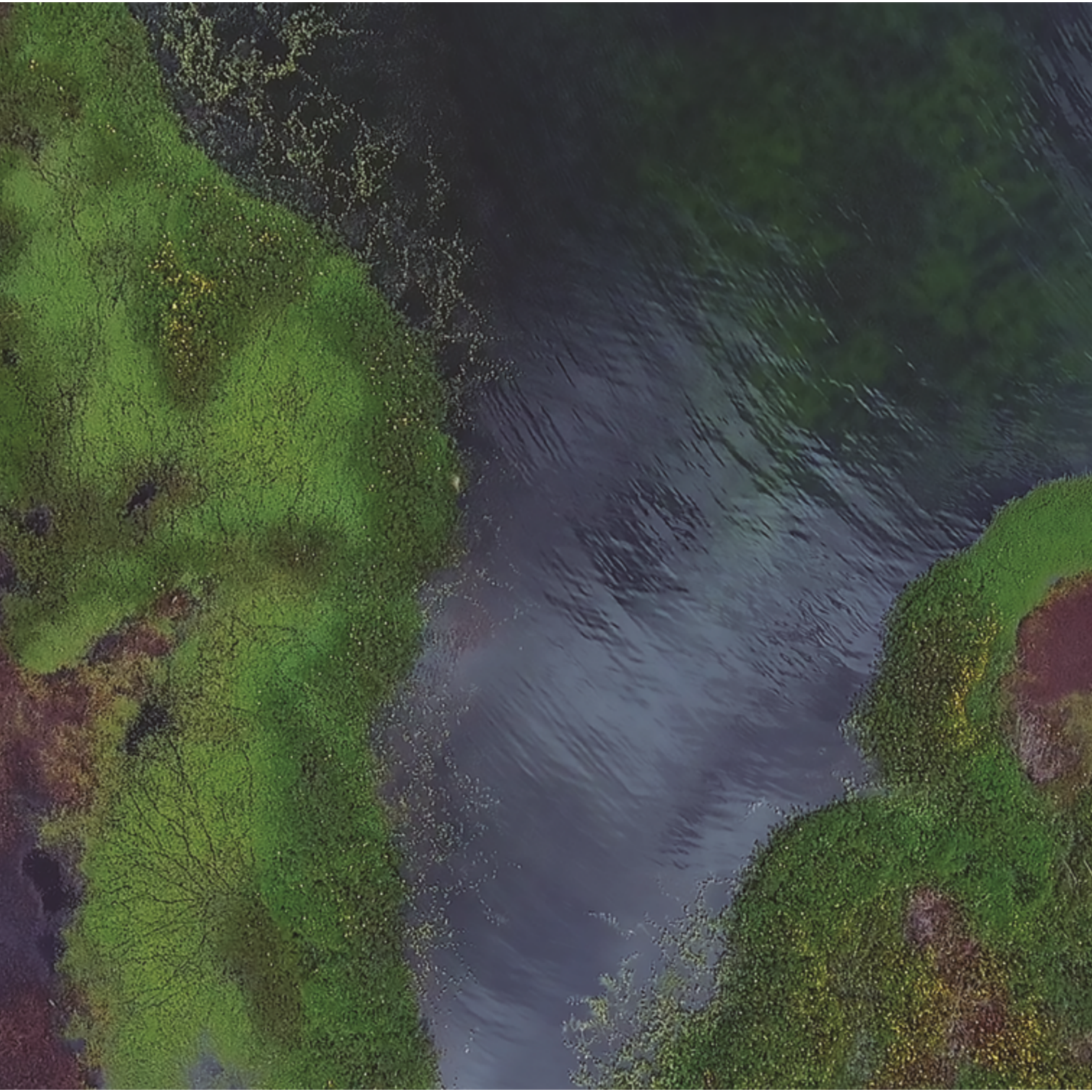
Solo con la creación en 1950 de la Oficina de Investigaciones Especiales promovida por la Fundación Rockefeller, antecedente del ICA [Instituto Colombiano Agropecuario], se logró progresar frente al mejoramiento de plantas alimenticias, la fertilidad animal y la genética del café, el algodón y la caña de azúcar.

También lo refiere Suárez (2007):

--
Suárez 2007, 35
 --

A través del ICA [Instituto Colombiano Agropecuario] —estructurado en 1963—, que concentró la investigación alimentaria, la AID [Agencia Internacional para el Desarrollo], la Fundación Rockefeller —que participaba con el Ministerio de Agricultura desde 1950—, la Fundación Kellogg’s, el estado de Oregon y la misión Nebraska influyeron mediante estudios, financiaciones, préstamos y otros mecanismos en la formación y educación profesional que más tarde se dedicaría a la propagación de los paquetes tecnológicos, que requerían mayores sumas de capital de trabajo para inversión inicial, con altos contenidos de agroquímicos, semillas mejoradas y demás insumos de origen foráneo.

Estos autores hace énfasis en cómo los Estados Unidos implementaron en Colombia programas de investigación nacional encaminados, entre otros, a tener el control sobre la producción agraria del país y una estabilidad alimentaria avalada por estudios científicos, en los que, en conjunción con las políticas gubernamentales nacionales, conforman un producto y un consumidor ideal y estable, un productor dependiente. Para mediados del siglo XX, no solo se había manipulado la dieta, sino también los procesos y las necesidades de



producción del alimento. Con esto, por ejemplo, se abrió un mercado potente a través de la comercialización de semilla híbrida, en que, por supuesto, los Estados Unidos habían promovido la investigación local y tenían la patente de creación y comercialización mundial de no solo las semillas, sino también de las herramientas y los agroquímicos necesarios para su producción. Para este mismo periodo, se creó, además, la Caja Agraria, entidad encargada de brindar créditos de endeudamiento, lo que permitió la introducción de todo un aparato económico importado, acontecimientos que repercutieron en el campo colombiano. ¿Hoy cuáles de estas consecuencias predominan en las prácticas de producción alimentaria? En el monocultivo y en la introducción de agroquímicos en la producción agrícola del país.

Así las cosas, el consumo masivo de agroquímicos se intensificó alrededor de la década de 1960 y llegó a triplicarse en la década de 1980. La revolución verde produjo un monopolio en que:

—
FAO 1996
—

las variedades mejoradas de arroz y trigo pudieron beneficiarse del uso de insumos externos que garantizan buenas condiciones de crecimiento para aprovechar el potencial genético de las nuevas variedades. La creación de entornos socioeconómicos favorables, que hicieron posible la utilización de esos insumos y que crearon mercados para la venta de los productos, constituye parte integrante de este cambio.

Pero hay una pregunta que vale la pena hacer: ¿dónde terminan estos químicos que fumigan de manera efectiva las plantas y que aceleran el crecimiento del alimento? En los cuerpos de agua y de tierra, y luego en un ciclo interminable en todos los cuerpos del planeta.

Hoy, los efectos negativos saltan a la vista. Pero en la misma vía una nueva generación ha intentado retornar a una producción alimentaria de menor escala, con algunas viejas-nuevas vías de fertilización y fumigación libres de químicos que conforman no solo un nuevo mercado más amigable con el ambiente, sino que también han captado un valioso número de seguidores que buscan un

conocimiento importante sobre lo que consumen y cómo eso repercute en el planeta que habitan. ¿A dónde va lo que desechamos? ¿De dónde viene y cómo se produce lo que consumimos? Estas deberían ser preguntas fundamentales para hoy considerar una posible soberanía alimentaria que nos permitiera decidir sobre nuestra alimentación, producirla y conocer las consecuencias de producción de esta en otros seres del planeta.

No solo en cuestión de producción alimentaria, el consumo ignorante y demandante, en general de las grandes ciudades, ocasionó y obligó a quienes viven de esto a producir de la manera en que el Gobierno de turno solicita. Estándares de calidad solicitados, basados en un alimento químico, conllevan implementar irremediamente estas prácticas obligatorias para la comercialización nacional, y de este modo llevar algunos cuantos pesos a casa y apenas sobrevivir. ¿Qué más se podría hacer?

La resonancia es cada vez más acelerada y repercute en la vida humana y no humana. Como ocupantes del planeta Tierra, hemos transformado de manera radical, y a nuestro beneficio, los ciclos que producen la vida. Latour (2017) señala al respecto de la llamada crisis ecológica en la que vivimos actualmente que “normalmente, de mala noticia en mala noticia, deberíamos tener la impresión de habernos deslizado de una simple crisis ecológica a aquello que más bien habría que designar como una profunda mutación de nuestra relación con el mundo”. Disputas políticas y económicas, modos de vida que hemos construido alrededor del uso de lo que denominamos recursos naturales, han constituido nuestras maneras de vivir como criaturas, y así nos denota divisibles del mundo que habitamos, entendiendo este como “aquello que abre la multiplicidad de los existentes, por una parte, y por otra, a la multiplicidad de las maneras que tienen de existir” (50). De este modo, somos tan solo una pequeña porción de las miles de vidas que coexisten con nosotros, pero operamos como si fuéramos los únicos que habitan este mundo. En este sentido, no hace falta explicar profundamente la importancia del cuerpo de agua, pues en la vida misma de ella está la vida de otros cientos más.

Basilio Angueira encarna la realidad humana, muchas veces ciega y corta de empatía con esos otros que habitan nuestro mundo; tragedia posible de contar desde la orilla que permite avistar la realidad de este lago.

Hoy día, el lago de Tota es el segundo cuerpo de agua navegable más grande de América Latina debido a su profundidad y superficie. Se llama lago, no laguna, porque recibe afluentes y desde él fluyen ríos y quebradas; es vida y muerte de otros cuerpos más. Su importancia debería valer con solo nombrar que este es un cuerpo de agua y desde allí, entonces, preguntarnos ¿desde cuándo empezamos a llamar a las superficies de agua cuerpos?, ¿cuándo lo corpóreo permeó el agua? Entre otros aspectos, en lo corpóreo está lo vivo, la estructura, el conjunto, la masa, aquello que siente y reacciona. De aquí que interpretemos esta forma de lo “vivo” como cuerpo, cuerpo de agua. En el cuerpo se estructuran infinitas formas de otras vidas, cada una de ellas simbióticas al funcionamiento del macrocuerpo: ¿el mundo?

“Hace 35 años vivimos en Aquitania. Terminamos viviendo acá e hicimos una cabaña. Vivimos por el lado de pozo azul. Cuando nosotros estábamos construyendo una cabaña, en ese tiempo le dió por temblar mucho mucho en esta tierra. Depronto estábamos arriba, cuando se abrió como el lago y brotó así del fondo la tierra y salió como si fuera un volcán una tierra blanca linda y abrió como si fuera un camino casi como hasta la casa nuestra, venía como de la montaña. Se abrió, eso brotó, eso fue impresionante. Era una cosa maravillosa.

Mucho tiempo después, tuvimos un percance, hubo un invierno muy muy fuerte, eso fue en el 2011. Yo me levanté porque teníamos gonzos y los gonzos empezaron a graznar y grazne y grazne, y yo me levanté a mirar qué era. Cuando vi, en la parte de atrás de la casa dónde habíamos hecho el BBQ, yo ví ahí una cicatriz, y yo decía ¿pero qué está pasando? y los gonzos seguían graznando y graznando. Entonces yo no vi nada, y me bajé a hacer el cafesito de la mañana, y fui a abrir la llave y nada, no salía agua, no salía nada. Entonces yo dije ¡Ay juepucha se debió quedar la llave del tanque abierta!, fuí y miré y el tanque estaba full, entonces yo ya bajé y le dije a mi esposo: estamos sin agua, quien sabe qué fue lo que paso. Me salí a mirar que era y vi que en la parte de la cocina caía tierrita y en el muro del baño ví que se había caído la pared. Yo le dije mire mire qué está pasando, y él dijo la casa se está cayendo. Nunca supimos que fue, si fue por el invierno, porque es una casa bien construída, con cimentación, tenía todo, pero no entendíamos que era lo que estaba pasando. Nos fuimos a buscar algo para protegernos y ya cuando volvimos a la casa ya estaba era cayéndose, la casa se había abierto. La sanja de atrás eso ya era como de 20 cm de ancho. Yo le dije a Rafael, venga venga y mire la casa se está cayendo. Y pues efectivamente, la casa se nos cayó. Es la primera casa, en el Lago de Tota que se cae, la casa se nos fue, se hundió, empezó a dar vueltas, vueltas, vueltas y se hundió, la casa ¡se hundió 20 metros! Ese día nos quedamos sin casa, toda la casa se la llevó el lago. Nosotros nunca entendimos que era lo que había pasado, pero cuando brotó eso del lago, eso tenía que ver con la caída de la casa. Lo bonito es que toda la gente se fue recogiendo, fue muy solidaria con nosotros, nos ayudaron, nos colaboraron. Volvimos después a construir otra casa mucho más arriba. Nosotros seguimos viviendo acá porque es que esto es muy lindo. Y es que además con la naturaleza, eso a uno le enseña que uno se muere y nada se lleva, y deja de compartir momentos muy lindos por tener una casa. La naturaleza recoge lo que le pertenece, y se llevó la casa, porque todo es de la tierra”.

–Irma Ibáñez

Relato de Irma Ibáñez.
Relatos a la Orilla. Fanzine
parte del proyecto ganador
de la Beca CK:WEB para
la creación de programas
de radio comunitaria 2019

LA INUNDACIÓN

Triana (1922) cuenta que, “al ver por primera vez el bellissimo lago de Tota, diamante inmenso aprisionado en la cresta de la cordillera como engaste gigantesco, se comprende la razón que tuvieron los chibchas en localizar en el seno de sus lagos superandinos la mansión de sus dioses” (104). La relación de los humanos en el altiplano cundiboyacense con los cuerpos de agua antes del siglo XIX sostuvo un fuerte carácter místico atribuido a los cuerpos de agua como ríos, lagos y lagunas. La leyenda del Dorado, por ejemplo, es un buen punto para ejemplificar el importante carácter simbólico que se atribuyó a algunos lagos y lagunas por parte de comunidades indígenas muiscas. Este relato señala cómo la ambición de los conquistadores de la Nueva Granada se convirtió en realidad al ver la manera en que el Ubzaque de Guatavita se bañaba en oro en las aguas de la laguna periódicamente. Lo sorprendente es que este ritual fue realizado en más de un cuerpo de agua en el altiplano cundiboyacense. De este modo, en las grandes masas de agua prevalecía lo simbólico y lo divino, y con esto el ritual. Dentro de estas atribuciones, el agua adopta una condición divina y mística, características que conforman un cuerpo sagrado, un cuerpo de cuidado.



Figura A.

Figura B.



Figura A. Alexander Von Humboldt. 1801. Vue du lac de Guatavita, consultado 25 de junio de 2021, <https://www.banrepcultural.org/humboldt/guatavita1.htm>

Figura B. Manuel María Paz, 1855. Laguna de Guatavita, consultado 25 de junio de 2021, <https://proyectos.banrepcultural.org/libretas-de-dibujos/es/manuel-maria-paz>

Algunas imágenes que surgen para representar estos cuerpos de agua antes del siglo XIX tienden a adoptar la herencia que dejaron las imágenes humboldtianas. La figura A, La vista de la laguna de Guatavita, imagen proveniente del viaje de Humboldt a América datada alrededor de 1801, y la figura B, La laguna de Guatavita, elaborada por Manuel María Paz, artista colombiano, en 1855, se alimentan de esta herencia romántica alemana que observa el paisaje “vital”. En atención al carácter sagrado que emanan, parecen beber de la figura del buen salvaje, del indígena. En estas representaciones, la presencia humana es apenas tenue: aparece de manera útil para indicar las magnitudes de la naturaleza, pero con una distancia significativa. Representan lo bello, lo sublime, invitan a apreciar la grandeza del paisaje observado. Señalan a un hombre que contempla el paisaje que nosotros, como espectadores, contemplamos. Toda una oda al agua.

De ahí también que alrededor del lago de Tota se hayan conformado relatos populares en los que lo mágico y fantástico del agua y las criaturas que lo habitan obligan a una rendición frente a este: un respeto majestuoso.

—
Fernández Piedrahíta
1881, 4
—

Tan deleitoso sitio es el del Nuevo Reino, que apenas se imaginará deleite á los sentidos que falte en la inmensidad de sus paisajes. Hay eminencias limpias y descolladas, vegas apacibles en los ríos, arroyos y fuentes en abundancia, lagunas de aguas y peces muy saludables. La de Tota, puesta en lo más levantado de un páramo, tiene seis leguas en contorno, formada en círculo perfecto, tan profunda que apenas puede sonarla el arte; sus aguas claras y suaves son de color verde-mar en el centro, inquietas á la manera de un golfo, y de continuo hacen en las orillas la batería ruidosa que el Océano en las arenas. Refiérese de ella que á tiempos descubre un pez negro con la cabeza á manera de buey y mayor que una ballena. Quesada dice que en sus tiempos lo afirmaban personas de gran crédito y los indios decían que era el demonio; y por el año de seiscientos y cincuenta y dos, estando yo en aquel sitio, me refirió haberlo visto doña Andrea de Várgas, señora de aquel país.

Tan autorizada quedó esta patraña del demonio de agua dulce, que nadie se hallaba con valor para explorar el lago, del cual y de sus islas contaban lindezas peores que las de Piedrahíta, hasta que recientemente llegó por allí un inglés poco temeroso del diablo, y fabricando una balsa de juncos, abordó a la isla mayor, donde sostuvo una sangrienta batalla con... los tímidos venados que pacíficamente la poseían. A ejemplo del inglés, entraron otros navegantes, en balsas y canoas, ocuparon las islas y desencantaron el lago... (El Sr. Ancízar, en su Peregrinación de Alfa).

Es curioso que Fernández Piedrahíta (1881) señale el lago con una forma perfectamente redonda; de lejos esa es su realidad. Dos penínsulas deforman la ficticia forma circular nombrada.

Ancízar y Fernández Piedrahíta se refieren al monstruo del lago. Sin embargo, este último describe irónicamente semejante bestia con las características de una de sus especies endémicas actualmente desaparecidas: el pez capitán (sin el superlativo tamaño). En este relato, la bestia produce temor, respeto y de alguna manera una distancia con los foráneos. Pero en el relato de Ancízar la divinidad y el temor fue roto por un humano que decide enfrentar en irónica batalla a los indefensos habitantes del lago y alrededores. ¿Y así se convierte en el nuevo monstruo del lago?

En medio de la plaza de transportes de Aquitania, la segunda plaza del municipio, se erige una escultura de una trucha arcoíris de aproximadamente tres metros de altura. Ubicada en la mitad de una poceta de azulejos, la trucha es el objeto central de una fuente de agua. Una fuente sin agua, diré. En su boca, una libélula juega con el movimiento senoidal del pez. La trucha monumental es escenario fotográfico del turista, silla del campesino, lugar de encuentros. El video presenta este monumento al depredador como una ironía en el pueblo de Aquitania. ¿Dónde está el monumento al pez capitán hoy extinto?

Siguiendo el hilo, es pertinente uno de los tantos orígenes míticos del lago que nos propone la recopilación de mitos, leyendas y folclor popular de Lilia Montaña de Silva Celis (1970). En el relato predomina la sequía como mal karmático que azota al pueblo chibcha que habitó los territorios de Suamox. Tras sufrir las devastaciones ocasionadas por la falta de agua, el pueblo recurre a su guía espiritual Monetá para implorar a Chiminigagua, Sua y Chía, dioses protectores, el final de la prolongada sequía. Tras algunas lunas, Monetá visualiza una premonición y solicita peregrinar a todo su pueblo con rumbo al templo del sol en la ciudad de Suamox. En este lugar, la piedra de esmeralda, insignia de su liderazgo que colgaba de su pecho, tomó relevancia. En compañía de la comunidad, recorrieron un largo trecho hasta el gran cráter que yacía en medio de los campos secos. Allí, en medio de la presencia de la serpiente enemiga Busiraco, y de un ayuno colectivo y de danzas y festejos, Monetá estrelló su piedra contra el piso. Del reflejo de la piedra surgieron ríos del líquido precioso y el agua abundó: las lluvias empezaron a llenar el inmenso cráter y las ranas empezaron a poblar el lugar. Este hecho da lugar al nacimiento del lago de Tota (Montaña de Silva 1970, 29-49).

Es necesario anotar cómo la sequía aparece como el mayor de los males que puede azotar a la población, no solo en el origen mitológico encarnado en la figura de Busiraco, sino también en los relatos que consignó el obispo Lucas Fernández Piedrahíta y fray Pedro Simón alrededor del siglo XVII. La sequía constante, la geografía agreste con las salvajes bestias en los suelos arenosos que rodean el lago y el clima helado en el territorio predominan. Ante esto, mientras haya agua, todo crece alrededor de ella: la vida misma, de ahí el miedo y la incertidumbre que produce la falta de ella. El relato sobre el origen del lago de Tota que nos propone Montaña de Silva (1970) resalta precisamente ese estado de necesidad en el que el pueblo implora por el agua. En el momento en el que la esmeralda choca con el cráter y los ríos de agua brotan, la vida se vuelve posible.

Lejos de los relatos, un fenómeno que sucede alrededor de abril en el territorio da cuenta de lo desconectada que está la labor humana en relación con el cuerpo de agua. Es difícil medir el perímetro de un cuerpo de agua debido a que sus dimensiones y las formas de sus múltiples orillas se transforman y varían según la época del año. Sin embargo, la liminología ha realizado algunas aproximaciones respecto de las dimensiones de estos. El lago de Tota tiene alrededor de 57,10 km² de superficie y 50,2 km de perímetro. Sin embargo, alrededor de los primeros meses del año, ese perímetro, que continuamente está en alerta de reducción por sequía, se amplía debido a las lluvias que lo desbordan. Aquellas parcelas de cultivo de cebolla que se encuentran formadas una tras otra en la orilla más cercana del cuerpo de agua, y que representan el 70 % de la orilla total del lago, se inundan por completo. Todo el cultivo que intentaba ganar superficie frente al lago es derrotado por el desborde de este. Debido a este factor climático, los campesinos cultivadores de cebolla nunca han ido ganándole aún más terreno a la montaña, subiendo cada vez más durante estas épocas. Una tierra menos húmeda y más comprimida es común en lo alto de la montaña, por lo que el cultivo es mucho más difícil, sin contar con la falta de agua que produce la lejanía del cuerpo de agua principal: el lago. Bombas de motor suben galones de agua por medio de mangueras. En tanto que los meses más lluviosos merman, los cultivos vuelven a la orilla, secan cada vez mayor terreno del lago y vierten en su cauce de manera directa todos los residuos químicos. Cada abril este momento vuelve a suceder; se pierden cultivos cuando el lago vuelve a reclamar simbólicamente su terreno.

Adriana Salazar Vélez (2019), artista colombiana, señala cómo en muchas de las prácticas de grupos humanos llamados “culturas primitivas” solían no ser relevantes las divisiones ontológicas entre lo humano y lo no humano, lo vivo y lo inanimado. Para ellos, el mundo, y en general lo que lo conforma, estaba compuesto del ánimo, de este modo todo aquello que habite el mundo siente, piensa y actúa. Ese ser humano no solo se veía a sí mismo como parte de un continuo formado por todos los elementos del mundo, sino también como parte de uno de muchos otros mundos posibles; a este modo epistemológico de habitar se le conoce como animismo (51). En las nuevas corrientes filosóficas

y antropológicas, este término ha sido llevado a la ecología, en que surgen nuevas epistemologías e identidades alrededor de las culturas. Aparece en su enunciación como la posibilidad de retornar a una vieja/nueva forma de relacionarnos con el mundo, más cercana y esencial. Salazar Vélez concluye este término con quien aún nombra “primitivos” a aquellos que comprenden la correlación entre humanos y no humanos, que depende de una realidad sin sismos, sin desastres, sin desbordes. ¿Es porque el entendimiento de la simbiosis solo llega a un estado de consciencia cuando el desastre existe? ¿Qué pasa cuando el desastre no ha emergido a la vista? El agua y la ausencia de esta forman parte importante del imaginario colectivo tradicional de la cuenca del lago; producen temor y tranquilidad al mismo tiempo. El recurso hídrico a la mano trae tranquilidad, pero llega el temor cuando las mediciones de plomo se elevan mes tras mes y el acueducto municipal conlleva un riesgo de salud pública.



LAS APARICIONES



Edward Walhouse Mark.
1845. Laguna de Tota
near Bogotá [Acuarela],
consultado 25 de junio
de 2021. [https://www.
banrepcultural.org/
coleccion-de-arte/obra/
laguna-de-tota-ap0036](https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/laguna-de-tota-ap0036)

En 1845, el artista inglés Edward Walhouse Mark pinta una acuarela en la que aparece una pequeña fracción del lago de Tota. Esta hace parte de la colección de arte del Banco de la República y actualmente se encuentra en exhibición en la sala Rupturas y Continuidades del Museo de Arte Miguel Urrutia, en Bogotá. En ella aparecen tres personajes, aparentemente campesinos, cabalgando en primer plano. El cuerpo de agua aparece como elemento central y ocupa un tercio de toda la composición en el cuadril central. Es una invitación abierta, nuevamente, a contemplar este paisaje a modo de postal, a ver la grandeza del cuerpo de agua.

Por otro lado, en la imagen, la ribera del lago pareciera no estar intervenida por el cultivo masivo de cebolla junca, factor que a partir de mediados del siglo XX empezó a transformar el territorio y, por ende, el paisaje mismo. Gutiérrez del Alba (1870-1884) menciona que para el siglo XIX algunas de las orillas de Aquitania tenían cultivos propios de las viviendas aledañas, es decir, huertas

de uso familiar, por lo cual se puede deducir que no eran grandes terrenos cultivados. Hoy día, se estima que el 70 % del perímetro de este se encuentra en producción agrícola. De este modo, los residuos químicos provenientes de los insecticidas y fertilizantes del cultivo de cebolla se vierten en las aguas: las aguas negras de los habitantes regresan al agua de la cual beben y riegan el cultivo mismo. Esto, sumado a la introducción de trucha dorada, provocó la extinción de una gran variedad de especímenes, entre ellos el pez capitán, la guapucha, el pez dorado, la trucha de quebrada, la trucha suiza parda y la trucha carmelita. Aun cuando no todas eran endémicas, hacían parte del ecosistema del siglo XX, hoy desaparecido (Molano Campuzano 1960, 57-59).

Para inicios del siglo XX, Gumersindo Cuéllar hace esta serie de seis fotografías del lago, alrededor de 1930; cuatro de ellas encuadran en su totalidad el cuerpo de agua, por lo visto fueron tomadas de una de las orillas más cercanas. El movimiento del agua parece ser el punto de interés, así como la presencia de hombres en su cauce contemplando y entrando en contacto con el agua. Dos de ellas dejan un poco de orilla a la vista, orillas que parecieran no estar aún intervenidas con cultivo de cebolla; por el contrario, un par de frailejones se asoman en la tercera fotografía de la serie.



Gumersindo Cuéllar. 1930. Serie de
fotografías del Lago de Tota, consultado
25 de junio de 2021, [https://babel.
banrepcultural.org/digital/collection/
p17054coll19/id/900](https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll19/id/900)



Del siglo XX en adelante la producción económica alrededor del lago aumentó y para el siglo XXI se produjeron una serie de esculturas en Aquitania, municipio cebollero, estrechamente relacionadas con la producción económica del lago, que, además, creó un sentido de identidad cultural con los oficios realizados por sus habitantes. De este modo, aquellas imágenes empezaron a hacer parte del nuevo paisaje urbano, pero aún más del imaginario colectivo de la biodiversidad del lago. En esta vía, el monumento a la trucha arcoíris creó una falsa memoria histórica y colectiva del municipio y, en especial, del cuerpo de agua. ¿Dónde está el monumento al pez capitán, caído en combate económico? ¿Por qué enaltecer al depredador de fauna? Finalmente, es la trucha arcoíris el sustento de muchas de las familias que la habitan y el plato apetecido de cientos de turistas que visitan este pequeño mar.

En efecto, a inicios del siglo XX, la ruptura de la relación del humano con el mundo dio un paso largo: pasó de una de tipo simbólico que sostenía lo ritual y sagrado a una posición de índole productiva, y así borró casi por completo, en algún porcentaje, el sentido del cuidado. Esto produjo finalmente una transformación relevante en el paisaje del lago. Aun cuando el cuerpo de agua es vital para la vida en el mundo, pareciera no representar prioridad a su propia vida y las vidas que alberga. De algún modo, se visualiza como un bien infinito y separado de cualquier repercusión del accionar humano. Con todo y que ella, el agua, es inexorable, está en continua relación con quienes también habitan su mundo; está en una simbiosis infinita en que las intervenciones humanas fracturaron su ciclo. Es importante, de este modo, señalar lo equivocado y distanciado que está pretender señalar culpables en la ecuación. Quienes aún buscan en su mercado la cebolla blanquita, ancha y grande como elección solicitan a quienes la producen estándares de calidad que solo pueden proporcionar los químicos fertilizantes y los herbicidas propios de las semillas mejoradas, aquellas que pertenecen a instituciones privilegiadas y alejadas del contexto de producción; muchas de ellas gringas y sin consciencia alguna de los daños que ocasionan. Todos aquellos quienes aún piden trucha en el paseo de fin de semana al lago solicitan que se cultiven más y más truchas arcoíris en él.

No obstante, y a pesar del pesimismo que trae señalar verdades incómodas para todos, han surgido en el territorio nuevas alternativas para relacionarse con el mundo que también vienen transformando el paisaje en otros sentidos.

Desde 2011, está consolidado Asomuc. Más de treinta mujeres que habitan los territorios aledaños al lago han construido, en medio de los cultivos de cebolla, en una parcela de 2,5 m × 1 m, una huerta sostenible de cultivo limpio de pesticidas, fertilizantes y herbicidas, con una variedad de alimentos que rotan según la época del año. Ganando terreno, se entrometieron entre las hectáreas que la cebolla junca ha colonizado desde principios del siglo XX. Algunas de ellas han dado productos derivados de la cosecha, como vinos caseros, jabones y cremas. Pero, en esencia, Asomuc ha intentado abrirse un camino en la comercialización de frutas y verduras. Aún dando una batalla, los invernaderos aparecen en medio de los terrenos que circundan el lago, aprisionados, entrometidos, resistiendo el viento e iluminando mágicamente el atardecer.

La belleza e inmensidad de este pequeño mar no puede cegarnos de ver lo que sus orillas cargan ahora mismo:

Steffen
et al. 2011,
739

En una época en que los comentaristas condenan la falta de espíritu revolucionario y el derrumbe de las ideas emancipadoras, ¿cómo no asombrarse de que sean los historiadores de la naturaleza quienes revelan —bajo el nombre de esa gran aceleración cuyo comienzo marca el Antropoceno— que la revolución ya ha tenido lugar, que los acontecimientos que debemos afrontar no están situados en el porvenir, sino en un pasado reciente? ()

Estas mujeres han observado la historia presente del lago en una orilla que está sumergida en los efectos del neoliberalismo y la industria alimentaria. Pese a esto, se han movilizad con acciones que emergen para la transformación de su relación con el mundo. Lejos de naufragar en el pesimismo, a manos propias, transforman no solo el paisaje sino también redefinen su accionar en y con el territorio.



Referencias

Gutiérrez de Alba, José María. 1870-1884. Impresiones de un viaje a América. Tomo VII: Expedición al Norte. Bogotá: Banco de la República. Consultado: 22 de junio de 2021. <https://www.banrep.gov.co/impresiones-de-un-viaje/index.php/inicio/index>

Kalmanovitz, Salomón y Enrique López Enciso. 2006. La agricultura colombiana en el siglo XX. México: Fondo de Cultura Económica.

Latour, Bruno. 2017. Cara a cara con el planeta: Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas. Buenos Aires: Siglo XXI.

Martínez Manrique, Camilo Andrés. 2018. "Sentidos de lugar y conflictos socioambientales en el territorio acuático del lago de Tota, Boyacá". Tesis de pregrado, Universidad Externado de Colombia. Consultado: 22 de junio de 2021. <https://bdigital.uexternado.edu.co/handle/001/1020>

Molano Campuzano, Joaquín. 1960. El lago de Tota. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano.

Montaña de Silva Celis, Lilia. 1970. Mitos, leyendas tradiciones y folclor del lago de Tota. Tunja: La Rana y El Águila: Tunja.

Fernández Piedrahíta, Lucas. 1881. Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada: a las S. C. R. M. de d. Carlos Segundo rey de las Españas y de las Indias. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas.

FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura). 1996. "Cumbre mundial sobre la alimentación. Capítulo 6: Enseñanzas de la revolución verde: hacia una nueva revolución verde". Consultado: 19 noviembre de 2020. <http://www.fao.org/3/w2612s/w2612s06.htm>

Salazar Vélez, Adriana. 2019. Enciclopedia de cosas vivas y muertas: Lago Texcoco. México: Pirzilein. Consultado: 22 de junio de 2021, <http://www.allthingslivingallthingsdead.com/enciclopedia-index>

Steffen, Will, Åsa Persson, Lisa Deutsch et al. 2011. "The Anthropocene: From Global Change to Planetary Stewardship". *Ambio* 40 (7): 739-761. <https://doi.org/10.1007/s13280-011-0185-x>

Suárez, Montoya Aurelio 2007. El modelo agrícola colombiano y los alimentos en la globalización. Ediciones Aurora: Bogotá.

Triana, Miguel. 1922. La civilización chibcha. Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana.

